

## MILITARISMO, CRISIS POLÍTICA Y RELACIONES INTERNACIONALES EN LA AMÉRICA LATINA CONTEMPORÁNEA

SUMARIO: I. *La fase precedente*. II. *Crecimiento económico, cambio social, crisis política (1930-1980)*; 1. *La inserción en el nuevo sistema internacional*; 2. *Neocapitalismo, estatización y militarismo*; 3. *Neofascismo sui generis: naturaleza, implicaciones y perspectivas*.

El incremento de la militarización y el armamentismo en la América Latina contemporánea se entrelaza con procesos de reinserción en un orden internacional en mutación, y de crecimiento económico, cambio social y crisis política. Todos estos fenómenos constituyen una constelación en la cual cada uno de ellos es a la vez causa, elemento y resultado. Para el análisis de la fase contemporánea es pertinente una breve consideración del fenómeno militar en la fase precedente de crecimiento primario-exportador y Estado oligárquico.<sup>1</sup>

### I. LA FASE PRECEDENTE

Durante el siglo XIX y comienzos del XX, se diseña y aplica en los principales países de América Latina un modelo de crecimiento económico de tipo primario-exportador y dependiente, en superficie, sin transformaciones estructurales globales, y se organiza una sociedad jerarquizada, polarizada y rígida, con fuerte concentración de la riqueza y el poder en una minoría centrada en el sector agrominero-exportador, en alianza con las metrópolis y sus empresas de acción internacional. La fracción hegemónica (terratenientes, mineros, comerciantes y financistas, altos dirigentes políticos y funcionarios públicos, jefes militares y dignatarios eclesiásticos) elabora e impone su cultura y su ideología, sus formas de poder y autoridad, su sistema político-institucional y su propia legitimidad, y logra el apoyo de otras fracciones de la clase dominante (oligarquías regionales), y el consenso o la sumisión pasiva de las mayorías nacionales compuestas por clases y capas intermedias y populares.

<sup>1</sup> Sobre la fase precedente véase Kaplan Marcos, *Formación del Estado nacional en América Latina* (1a. edición 1969, 2a. edición Amorrortu, Buenos Aires, 1976).

El Estado nacional en construcción refleja la nueva situación de dependencia hacia Europa occidental y Estados Unidos, la estructura socio-económica y cultural-ideológica en emergencia, pero es también agente activo en la configuración de esta constelación y de la sociedad global. Los prerrequisitos, tareas y resultados de su formación y de su funcionamiento están referidos a: la constitución de la clase dominante y, sobre todo, de su fracción hegemónica; el logro de alianzas efectivas; la construcción del orden político institucional y sus modalidades de operación; las funciones estatales de institucionalización y legalidad, coacción social, educación y propaganda, organización colectiva y política económica, y relaciones internacionales.

Para la construcción del orden político institucional, la oligarquía y sus intelectuales orgánicos importan el modelo europeo y norteamericano de Estado independiente, centralizado, formalmente basado en la soberanía popular y en la democracia representativa. Este modelo es sobreimpuesto a estructuras y prácticas que en gran medida siguen siendo tradicionales, y que en parte lo rechazan, en parte lo refractan y desvirtúan. Por impacto, sobre todo, de algunos aspectos del propio tipo de sociedad y desarrollo que se ha adoptado (dependencia externa, estratificación social polarizada y rígida, agudos desniveles socioeconómicos y regionales), los principios y formas de la unidad nacional, la soberanía y la centralización estatales, la participación popular y la democracia representativa tienen vigencia limitada o ficticia.

Si el Estado real no coincide con el modelo importado, sirve eficazmente a la fracción hegemónica y a los otros sectores de la clase dominante que lo generan e instrumentan. La fracción hegemónica se configura como aristocracia paternalista, homogénea y cohesionada, con tendencia a la conversión en casta y fuerte poder. Este poder oligárquico se basa ante todo en el control de los recursos y procesos productivos de tipo agro-minero-exportador, de las estructuras socioculturales fundamentales y de las relaciones internacionales, pero cada vez más se posibilita y se expresa, se prolonga y se consolida en y a través del aparato político-estatal. El sistema político y el Estado presentan los rasgos de la dictadura unificadora, o de la democracia de participación restringida, o bien asocian elementos de ambos tipos. Combinan en proporciones variables la fuerza y un consenso en parte falsificado y en parte real. Así constituido, el Estado oligárquico cumple las funciones y tareas específicas que corresponden a las necesidades y requerimientos de la fracción hegemónica, de la clase dominante y del modelo de desarrollo. Ello requiere e incluye, entre otros elementos decisivos, la creación y refuerzo del *aparato administrativo*, y la redefinición del papel y la reestructuración orgánica de las *fuerzas armadas*.

El ejército y la marina de guerra se originan en las guerras de la independencia, y en las luchas civiles y situaciones anárquicas que comienzan durante aquéllas y las sobreviven por décadas. La violencia impregna el clima colectivo, y se vuelve principio fundamental de arbitraje y decisión política.

Los primeros jefes militares son miembros idealistas y/o ambiciosos de las élites urbanas, intelectuales de uniforme que coinciden con sus iguales dedicados al gobierno civil, *diletantes* entusiastas en los cuales la pasión suple la falta de preparación previa.

Junto con esta primera categoría, la prolongada guerra emancipadora y el comienzo inmediato de las luchas civiles van creando otra, de combatientes profesionales, divorciados ya definitivamente de la vida y de la actividad civiles, acostumbrados a dirimir todos los problemas por la fuerza. Estos elementos pierden contacto con el pueblo y se desilusionan del radicalismo democrático-liberal de los primeros tiempos. Tienden a irritarse con los civiles, a quienes acusan de disfrutar privilegios y comodidades y de no proveer adecuadamente los ejércitos con hombres, abastecimientos y dinero. Carecen de ideología coherente. Sus lealtades cívicas hacia el Estado se debilitan, y son remplazadas por otras de tipo militar, hacia el cuerpo y sus jefes. A los oficiales veteranos de clase alta y media se agregan hombres de origen popular, que aprovechan la actividad militar en los ejércitos regulares y en las guerrillas, donde no existen o rigen menos las discriminaciones sociales y étnicas, como medio de vida, de movilidad social y de logro de riquezas y de honores.

La relación personal entre jefes y subordinados contribuye a dar base política al caudillismo militar. Éste se nutre, además, de otra fuente. Los terratenientes unen el poder socioeconómico al que proviene de las armas. Son altos oficiales en las guerras emancipadoras y civiles, y con sus pares y las levas campesinas crean sus propios milicias rurales, y las usan para resistir decisiones políticas adversas e imponer las propias.

Terminadas las guerras de la independencia, generales y oficiales ambiciosos buscan aprovechar su fuerza y su experiencia y la inestabilidad anárquica para conquistar una posición privilegiada, lograr y controlar el poder político, acumular riquezas, ascender en la escala social. Jefes militares y fuerzas bajo su mando se vuelven árbitros finales en los asuntos públicos, y participan activamente en las decisiones. Explotan el descontento popular. Son llamados por gobernantes civiles para que los sostengan, y terminan por limitarlos o sustituirlos, creando dictaduras militares personalistas. Carentes de situación social definida y de ideología coherente, tienden al alineamiento con la oligarquía, y ésta los aprovecha para consolidar su poder y mantener sometidos a sus rivales y a los grupos po-

pulares. Los generales y oficiales resultan también a veces incontrolables, y se crean sus bases y ámbitos propios de poder. Aun en estos casos, mantienen una ideología y una actuación de ortodoxia tradicionalista y conservadora; respetan el sistema socioeconómico y político, la oligarquía y la Iglesia. Su presencia y su acción posibilitan que, incluso en momentos de lucha faccional intraoligárquica, no surjan vacíos de poder que abran paso a intervenciones disruptivas de las masas.

Desde la segunda mitad del siglo XIX, aproximadamente, las cuestiones referentes al papel del ejército y a su inserción en el sistema, son replanteadas y resueltas por un largo periodo. El progreso económico acelerado exige un orden estable y general y, por lo tanto, un Estado centralizado que lo imponga y mantenga en todo el territorio nacional. El desarrollo posibilita una alianza estrecha de los terratenientes con la élite urbana, y la consiguiente solución temporaria del problema de la hegemonía. A la necesidad de integración nacional y de paz interior se agrega la de asegurar y extender fronteras nacionales, entre países que esperan un acelerado aumento de riquezas y población y que entran en conflictos fronterizos. Estas tareas requieren ejércitos y armadas fuertes, y determinan una profunda transformación de las fuerzas armadas.

Los militares se subordinan al Estado, convirtiéndose en cuerpo profesional, burocratizado y especializado. El ejercicio de las armas se convierte en una carrera regular, sometida a disciplina estricta, remunerada normalmente con fondos públicos. Quienes la ejercen comienzan a tener sus preocupaciones básicas en los sueldos, las promociones, las pensiones y retiros, y a llevar una vida militar ordenada. La especialización se cumple mediante el entrenamiento científico por oficiales y misiones de países avanzados (Francia, Alemania y, más tarde, Estados Unidos, en el Caribe) y en academias que se crean por primera vez, o son totalmente renovadas. Ejércitos y armadas son dotados, además de armamentos modernos y costosos, y de una base regular proveniente del servicio militar obligatorio que opera al mismo tiempo como mecanismo de integración nacional. La oficialidad comienza a reclutarse en la oligarquía, en la nueva burguesía o en las capas medias, según los países. La profesión militar adquiere nuevo prestigio, y se convierte en medio de ascenso social, intelectual y político. Sus principios rectores son, sin embargo, por un largo periodo, el apoliticismo, la defensa del orden y la identificación con la oligarquía rural-urbana. Las fuerzas armadas se ponen así en condiciones de cumplir varias tareas fundamentales: pacificación interna e integración nacional, defensa exterior, apuntalamiento del sistema.

En lo que a la pacificación interna y a la integración nacional respecta, los caudillos, ya afectados por el despegue del crecimiento depen-

diente, pasan a la defensiva, y van siendo luego destruidos, desplazados o incorporados en subordinación a la oligarquía y al Estado central. Sus recursos financieros y humanos, de origen personal y local, y los obstáculos naturales se vuelven insuficientes frente a ejércitos numerosos y disciplinados, dotados de armas modernas y que aprovechan la nueva infraestructura de ferrocarriles y telégrafos. Las fuerzas militares irregulares o locales pasan a ser parte del ejército regular centralizado. Éste cumple la conquista y la ocupación del espacio interior. Los indígenas son exterminados o sometidos. Los trabajadores rurales, libres y nómadas, se rinden y se resignan a la condición de asalariados regulares. Un sistema de fortines fronterizos va marcando la creciente dominación del ámbito vacío o bárbaro, y refuerza el proceso limitado de urbanización interior.

La defensa, redefinición y extensión de las fronteras exteriores, para necesidades actuales y para el progreso ilimitado que se espera, requieren también ejércitos y flotas fuertes, y desencadenan carreras armamentistas. Se producen algunos conflictos armados de considerable envergadura, en que el choque de intereses nacionales confluye con las necesidades y los estímulos de grandes potencias, y que agregan nuevos obstáculos a los proyectos latentes de integración regional.

Finalmente, las fuerzas armadas operan también como guardia pretoriana, para la defensa del orden oligárquico contra las presiones de las capas medias, populares y proletarias. Imponen el fraude electoral; reprimen las manifestaciones campesinas, obreras y políticas; son el brazo armado de las intervenciones del poder central contra las regiones y las provincias.

Desde principios del siglo xx hasta 1930, se da una *etapa de transición*, que se configura por la convergencia de modificaciones en el sistema internacional y de los cambios internos en los países de la región. El centro internacional se desplaza desde Inglaterra y Europa occidental hacia Estados Unidos. El crecimiento de las economías primario-exportadoras es acompañado por el progreso de la división social y regional del trabajo, de la urbanización y de una industrialización incipiente. Se desarrollan y diversifican la clase media y las masas populares urbanas, que ejercen una presión en favor de la participación ampliada. El modelo tradicional de crecimiento dependiente exhibe más claramente sus inconvenientes y límites, y aumentan las tendencias de crítica e impugnación. El clima cultural e ideológico cambia con la aparición o refuerzo de componentes tales como: el nacionalismo; vagas metas de desarrollo; aspiraciones de cambio y justicia sociales, consenso e integración nacionales, participación política, renovación institucional, intervencionismo del Estado, florecimiento cultural, reforma universitaria.

El equilibrio de poder y el sistema político varían considerablemente. La ampliación de la democracia formal va acompañada por cierto énfasis nacionalista, algún progreso en la modernización, un reformismo gradualista compatible con el orden tradicional. Estas tendencias generales se manifiestan como especificidades nacionales en la llegada del *battlismo* uruguayo y del radicalismo argentino al poder, en la Revolución mexicana, en los fenómenos brasileños del tenentismo y del ascenso varguista, en la fundación y avance del APRA peruana.

En lo referente a la coacción social, el Estado se afirma de modo más intenso y lo explícito como representante de la sociedad y árbitro entre clases y grupos. Opera como factor limitativo del poder oligárquico tradicional. Refuerza el poder, la influencia y las posibilidades de la clase media. Canaliza, manipula y controla a los trabajadores y a las clases populares, a fin que proporcionen amplia base social y política a la clase media, se mantengan en situación subordinada y no adquieran una autonomía excesiva para el equilibrio del sistema. La represión está siempre lista y es frecuentemente usada. Comienza a modificarse la situación de la institución militar.

Las fuerzas armadas, al profesionalizarse, se convierten en cuerpos organizados, con espíritu de tales y un papel político potencial que, con mayor o menor velocidad, comienza a efectivarse. Dejan de estar disponibles para fines puramente personales de un caudillo. Tienden a desarrollar y articular intereses propios y a expresar una voluntad colectiva que los defienda y satisfaga. Los regímenes de clase media, que disfrutaban de una mayor base política y de una legitimidad incrementada, parecen estar en mejores condiciones de imponer la subordinación de los cuerpos militares al poder civil. Los oficiales se reclutan más que antes en la clase media, y comparten con ésta las aspiraciones de ascenso, crecimiento económico, industrialización, equilibrio social, autonomía nacional, como elementos que refuerzan a la vez sus propias posibilidades corporativas y las de la defensa nacional.

Por otra parte, las tensiones y conflictos de la transición, los choques entre la oligarquía, la clase media y las masas populares, las disfuncionalidades de la democracia semiampliada, las crisis de sucesión presidencial y las tentativas de continuismo, llevan a que clases y partidos pidan la intervención de las fuerzas armadas para conservar el poder o para conquistarlo. Aquéllas descubren sus propias posibilidades y desarrollan una tendencia a la injerencia política y a la tutela del poder civil. La heterogeneidad de grupos y orientaciones en la sociedad global y en el seno de la institución, la ambigüedad ideológica de los oficiales, hacen que las fuerzas armadas fluctúen entre el conservadurismo y la reforma y, según los casos, actúen en defensa del sistema tradicional (México del porfiriato), lo reinstauren

como instrumento de una contraofensiva oligárquica (Argentina, 1930), expresen el descontento y la presión ascendente de la clase media y sectores populares (Brasil de los años 1920), o cumplan un papel intermedio con definición final reaccionaria (Chile).

## II. CRECIMIENTO ECONÓMICO, CAMBIO SOCIAL, CRISIS POLÍTICA (1930-1980)

Militarismo y armamentismo crecen y se refuerzan en el marco del proceso de transformaciones que se dan en América Latina desde 1930, resultantes del entrelazamiento y las interacciones de factores y procesos externos e internos.

### 1. *La inserción en el nuevo sistema internacional*<sup>2</sup>

A partir de 1930 y, sobre todo, de 1945, América Latina se reinserta en un nuevo sistema internacional en emergencia, caracterizado cada vez más por un perfil de *independencia asimétrica*, con crecientes diferencias de estructura y de ubicación en la jerarquía y en el sistema de dominación-explotación, entre países centrales y desarrollados, por una parte, y países subdesarrollados-dependientes, por la otra. Se caracteriza, además, por el mantenimiento y el refuerzo de la hegemonía ejercida por *las dos superpotencias* polares, EE.UU. y URSS y el esbozo en ambas de tendencias al acuerdo para el logro y el ejercicio de un condominio imperial sobre el mundo. América Latina se incorpora a la esfera de dominación integral de Estados Unidos y sus corporaciones trasnacionales que la penetran en sus principales niveles y aspectos. La nueva constelación *dominación-dependencia-desarrollo desigual y combinado* (entrelazamiento de elementos de modernización y de atraso) se expresa y revela a través de una serie de factores, mecanismos e indicadores de la brecha de situación, y del mantenimiento de los países latinoamericanos en un estado de baja capacidad para la autonomía en la elección y la realización de un modelo de desarrollo y sociedad, y para el manejo de las relaciones internacionales. Los factores, mecanismos e indicadores a tener en cuenta son: económicos (comercio exterior, inversiones y financiamiento, ayuda, moneda), militares, científico-tecnológicos, cultural-ideológicos, sociales, político-diplomáticos.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> He caracterizado el nuevo sistema internacional en dos trabajos: Kaplan, M., "La concentración del poder político a escala mundial", en *El Trimestre Económico*, México, vol. XLI, núm. 161, enero-marzo 1974, y "Lo viejo y lo nuevo en el orden político mundial", en Castañeda, Jorge (editor), *Derecho económico internacional*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976. Véase también bibliografía citada en nota 3.

<sup>3</sup> Ver: Amin, Samir, *L'accumulation à l'échelle mondiale*, París, Les Editions de Minuit, 1973; Barnett, Richard J. and Ronald Muller, *Global Reach-The Power of*

Desde el punto de vista *económico*, América Latina es ubicada en un sistema de *relaciones neomercantilistas*, que opera en favor del gobierno y las transnacionales de EE.UU. y las potencias menores. Ello implica: la especialización deformante para la exportación, la dependencia de importaciones básicas y de financiamiento del exterior, el deterioro de los términos del intercambio y el endeudamiento, la tendencia al estrangulamiento externo y a la inestabilidad que se inducen desde afuera.

La emergencia y primacía de las *transnacionales* han contribuido a la amplificación y profundización de los efectos clásicos de la inversión extranjera: especialización deformante, expoliación y descapitalización, subordinación colonial. Las políticas englobadas bajo la ambigua expresión de *ayuda* (operaciones comerciales, de inversión, préstamo y otras formas de crédito, donaciones, asistencia técnica), y el liderazgo monetario del dólar, contribuyen a crear o a reforzar los procesos de dominación y explotación de Estados Unidos y sus transnacionales sobre América Latina.

Estados Unidos es superpotencia —como la URSS— entre otras circunstancias, por su capacidad para crear una *cultura* y una *ideología* autónomas, complejas y diversificadas, que han sido elaboradas en función de sus condiciones y necesidades específicas, y que han estado dotadas al mismo tiempo de una alta capacidad de difusión y se influencia sobre gran parte del mundo y, en este caso y ante todo, sobre América Latina. Esta cultura y esta ideología dominantes han tendido a convertirse en la cultura y la ideología de los países latinoamericanos. Ello a la vez contribuye a constituir la concentración del poder político en Estados Unidos y su utilización sobre América Latina, la expresa y la mantiene, la refuerza y legitima.

La cultura y la ideología oficiales de los Estados Unidos han proporcionado a las clases superiores, medias y populares de América Latina, sobre todo las de las grandes ciudades, en grados y con matices variables, los elementos constitutivos y determinantes, los marcos y los contenidos de su conciencia, de su información, de sus valores, de sus actividades y comportamientos. Los principales segmentos de esas clases reciben e incorporan formas de producción y distribución, técnicas, conocimientos, imágenes, sím-

the Multinational Corporations, Simon Schuster, New York, 1974; Bokwai, Jagdish (editor), *La economía y el orden mundial en el año 2000*, México, Siglo XXI, 1973; Carral, Jean, *La prise du pouvoir mondial*, París, Seuil, 1976; Jenkins, Robin, *Exploitation-The world power structure and the inequality of nations*, London, Paladin, 1971; Myrdal, Gunnar, *The challenge of world poverty*, Pelican Books, 1971; Sachs, Ignacy, *La découverte du tiers monde*, París, Flammarion, 1971; UNESCO, "Challenged paradigms in international relations", en *Internacional Social Science Journal*, vol. xxvi, núm. 1, 1974; Magdoff, Harry, *The age of imperialism*, New York, Modern Reader, 1969; Zorgbibe, Charles, *Impérialismes et démocratie*, París, Seghers, 1976.

bolos, pautas de consumo, modas, costumbres, ideas, métodos educativos valores, normas, instituciones, modelos de soluciones y estrategias políticas, que provienen de la sociedad capitalista más avanzada de hoy. Los mecanismos y agentes de este proceso son los identificados con el sistema de relaciones y estructuras incorporadas a la trama de la dominación de Estados Unidos sobre la región, y particularmente: medios de información y comunicación de masas, asistencia externa, transferencia de tecnología, sistema educacional y algunas sectas religiosas.

Estados Unidos y, en menor medida, parte de los países capitalistas avanzados, concentran una parte cada vez más considerable del potencial y del progreso de la *ciencia* y de la *tecnología*, en detrimento de los países subdesarrollados y dependientes del mismo bloque, para el caso América Latina. La creciente *brecha* en la dimensión de la ciencia y la tecnología se constituye en uno de los factores fundamentales de diferenciación entre Estados Unidos y América Latina, y de dominación de ésta por aquéllos. Con la complicidad —consciente o no— de investigadores, inventores e ingenieros, Estados Unidos aprovecha el rápido progreso en conocimientos y procedimientos, y los usa a expensas y en detrimento de América Latina. La ciencia y la técnica de Estados Unidos se realizan en sus propios centros nacionales, en función de sus propias condiciones y necesidades, que no coinciden necesariamente con los intereses y exigencias de los países latinoamericanos, o pueden resultar inconvenientes o perjudiciales para ellos, y son utilizados para imponerles situaciones de dominación y explotación. Ninguna ayuda sustantiva (pública o privada, multi o bilateral). de Estados Unidos permite a los países latinoamericanos montar un dispositivo autónomo de investigación centrado en sus problemas y necesidades. Este tipo de dependencia se manifiesta a través del atraso o el crecimiento insuficiente y desequilibrado de la técnica y la ciencia locales; la expoliación por el pago de patentes y regalías; la fuga de cerebros; el refuerzo de una situación general de inferioridad que contribuye a la aceptación de condiciones negativas en otros ámbitos de las relaciones internacionales y del desarrollo interno.<sup>4</sup>

El gobierno y las transnacionales de Estados Unidos también penetran e influyen en los países latinoamericanos a través de los *vínculos y alianzas* de diferentes órdenes con *clases y grupos nacionales*. Crean y refuerzan así mecanismos y agentes internos de la constelación *subdesarrollo-dependencia*.

<sup>4</sup> Ver Kaplan, Marcos, *La ciencia en la sociedad y en la política*, México, SEP-Setenta, 1975 (2a. edición 1979); Wionczek, Miguel S. (editor), *Política tecnológica y desarrollo socioeconómico*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1975; *Recherche et activité économique — Sous la direction de François Perroux*, Armand Colin, París, 1969; (Auto) *critique de la Science — Textes réunis par Alian Jaubert et Jean-Marc Lévy Leblond*, París, Seuil, 1973.

Estados Unidos ha operado así en relación a las nuevas élites oligárquicas; sectores considerables de las clases medias (de tipo tradicional, y las que emergen del desarrollo desigual y combinado de las últimas décadas, en particular las nuevas profesiones técnicas y científicas y la burocracia privada y pública), y también la subaristocracia obrera de trabajadores calificados que se emplean en los centros y enclaves de las transnacionales.

El *poder militar* de Estados Unidos es un aspecto central de las estructuras de dominación y explotación, y se entrelaza ya con las formas de poder político impuesto por aquéllos en la región como culminación de la pirámide de poder interno-externo. El poder militar concentrado en Estados es a la vez concausa, componente y resultado de la hegemonía del gobierno y las transnacionales de dicha potencia. Dicho poder y su grado de concentración, y la consiguiente debilidad relativa de los países latinoamericanos, se revelan por una serie de indicadores conocidos: gastos en defensa nacional y su participación en el producto nacional bruto; los efectivos actuales y potencialmente movilizables por las fuerzas de tierra, mar y aire; los tipos, cantidad y calidad de armamentos disponibles y la capacidad de rápida innovación al respecto; el poder destructivo que se tiene y se puede esgrimir cuando convenga.<sup>5</sup>

El poder militar, a su vez, confiere posibilidades que retroactúan para incrementar el poder global de Estados Unidos al nivel específico del propio poder militar, y a muchos otros niveles. La posesión del poder militar, la amenaza de su uso y su efectiva utilización, confieren independencia y capacidad de negociación, de disuasión y de agresión frente a otros países y al nivel mundial. Dan capacidad para incorporar a la propia constelación los recursos militares de los países latinoamericanos, a través de alianzas que Estados Unidos ha creado, organizado y liderado. Permite la intervención directa de Estados Unidos en los asuntos internos de países cuya evolución política y diplomática se visualiza como peligrosa para sus intereses —generales o particulares— de gran potencia.

La supremacía militar de Estados Unidos y sus contribuciones específicas al logro y refuerzo de la hegemonía sobre América Latina, con el consiguiente complejo de gastos domésticos y en el extranjero, sirven múltiples fines favorables a los intereses y objetivos de su gobierno y de sus transnacionales. Entre ellos interesa destacar:

a) Protección de las fuentes latinoamericanas de recursos naturales, humanos, productivos (actuales y potenciales).

<sup>5</sup> Ver número especial sobre "La guerra y la paz", de la revista *Nueva Política*, México, vol. II, núms. 5-6. abril-septiembre 1977; y también La dependencia militar latinoamericana, *Estados Unidos-Perspectiva latinoamericana*, México, Centro de Investigaciones y Docencia Económicas, núm. 4, 2do. semestre de 1978.

- b) Salvaguardia de mercados e inversiones.
- c) Conservación de rutas marítimas y aéreas.
- d) Preservación de esferas de influencia para el comercio, las inversiones, la acción político-diplomática y militar.
- e) Creación de nuevos clientes y oportunidades de inversión, a través de la ayuda militar combinada con la económica.

f) En general, mantenimiento o modificación de las estructuras y procesos de dominación y explotación de los países latinoamericanos, de las esferas de influencia y de los equilibrios de poder entre Estados Unidos por una parte, y por la otra las potencias capitalistas menores, la Unión Soviética y otros componentes del bloque de regímenes posrevolucionarios, el resto del llamado "Tercer Mundo".

Esta constelación de motivaciones, procedimientos y comportamientos se han generado o reforzado por la confrontación de Estados Unidos con la URSS y otros regímenes posrevolucionarios, y con movimientos y gobiernos del "Tercer Mundo". El impacto fundamental ha provenido de la Revolución cubana, de las guerrillas urbanas y rurales de otros países latinoamericanos, y del desarrollo de graves crisis políticas en las principales naciones de la región, sobre todo en el cono sur (aspecto al que luego se vuelve).

Ante esta gama de desafíos, el gobierno y las transnacionales de Estados Unidos han evidenciado su decisión de defender a cualquier precio la integridad de esa parte del llamado "mundo libre", que aparece como el patio trasero de la potencia hegemónica, y de asegurar en ella un tipo de crecimiento económico dependiente, en condiciones de estabilidad social y política. Ello ha implicado una creciente intolerancia hacia cualquier clase de modificaciones internas incontroladas dentro de los países de la región, y la enfatización en los intereses de seguridad y defensa nacionales de la potencia hegemónica, identificados con las corporaciones transnacionales, los grupos nacionales superiores y el *statu quo* interno. Los órganos diplomáticos y militares de los Estados Unidos, y sus dirigentes y representantes corporativos, se han interesado cada vez más en los problemas interno de cada país latinoamericano, y han tendido a intensificar el control externo de sus políticas económicas y sociales y de sus procesos políticos, y a mantener y reforzar las actuales estructuras de poder. Todo ello ha llevado a ejercer una estricta vigilancia sobre los movimientos sociales y los procesos políticos de los principales países latinoamericanos, a través de una panoplia de instrumentos y mecanismos que van desde la acción preventiva hasta la operación de policía internacional. La escalada de la tutela militar-política ejercida desde los centros de poder de Estados Unidos ha ido incluyendo elementos fundamentales como los siguientes:

i) El *sistema interamericano* organizado en la *Organización de Estados Americanos*, en cuyo seno se adoptaron durante mucho tiempo, de manera prácticamente unánime, los acuerdos que han regido la política regional y las relaciones entre los gobiernos de Estados Unidos y de los países latinoamericanos.

ii) Las *presiones diplomáticas* directas de Estados Unidos (y de otras potencias menores), a través de cancillerías, embajadas, misiones especiales.

iii) La *subordinación política* que durante un tiempo considerable desplegaron los países latinoamericanos hacia Estados Unidos en las decisiones de las *Naciones Unidas* y de otros organismos internacionales.

iv) Desarrollo de *programas y grupos especiales de lucha contra la subversión y la insurgencia*, identificadas primero con la lucha armada, y luego y cada vez más también con protestas y movilizaciones de obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales, y con el progreso de grupos y partidos desde el centro-izquierda liberal hasta las izquierdas reformistas o revolucionarias.

vi) Incremento cuantitativo y cualitativo en la *colaboración policiaca*, preventiva y represiva (intercambio de información, comités colectivos, ayuda material, entrenamiento, operaciones cooperativas).

vii) Establecimiento de una vinculación directa y estricta entre los intereses y objetivos de Estados Unidos, y las funciones y actividades militares en el interior de los países latinoamericanos, y redefinición de las segundas por imposición de los primeros, con tendencia a la integración de las fuerzas armadas de la región en los programas globales de la defensa norteamericana.

viii) Mantenimiento, por un periodo considerable, del *monopolio de Estados Unidos* en la *asistencia técnica múltiple* a las fuerzas armadas latinoamericanas. Las relaciones ya existentes al respecto son institucionalizadas, y reforzadas a través de una serie de *tratados bilaterales*.

La asistencia militar ha permitido el logro de objetivos primordiales y ha desencadenado cambios no menos fundamentales. Ante todo, ha sido central en el logro de grandes mercados y altos beneficios para las empresas armamentistas de Estados Unidos y luego también de otros países desarrollados, y la influencia político-diplomática para sus gobiernos y transnacionales. Los datos y cifras al respecto son demasiado conocidos para su repetición.<sup>6</sup> Es pertinente, en cambio, subrayar que en el abastecimiento de equipos y armas las naciones latinoamericanas han dependido casi totalmente del gobierno y las transnacionales de Estados Unidos durante las décadas de 1950 y mediados de la de 1960. Desde entonces, se han dado

<sup>6</sup> Ver *op. cit.*, nota 5.

tendencias a la diversificación de las compras, por aumento de la capacidad competitiva de otros países (Unión Soviética, Francia, Israel) y por el desarrollo de la producción nacional de armamentos en algunos países (Brasil, Argentina).

Desde el punto de vista de los países recipientes, esta peculiar forma de ayuda, ofrecida mediante una combinación de presión y persuasión, agrava la carga militarista que agobia sus economías y sus sociedades; facilita la instauración y permanencia de los gobiernos autoritarios o fascizantes, y refuerza su capacidad represiva; contribuye a las tensiones y conflictos internacionales, a la balcanización de la región, al mantenimiento en general de condiciones favorables al atraso y a la injerencia y dominación externas.

La asistencia técnica múltiple se manifiesta también como *asesoría y capacitación profesionales*, organización de la formación superior de jefes y oficiales latinoamericanos, *verbi gracia*, a través de la Escuela de las Américas en Fort Gullick (Canal de Panamá). En estas dimensiones la asistencia técnica ha impuesto a los ejércitos latinoamericanos las pautas de organización, las concepciones y orientaciones estratégicas y logísticas, los armamentos y los equipos, el *Know Why* y el *Know How*, provenientes de Estados Unidos. Ha incrementado la influencia ideológica y política del gobierno y de las instituciones políticas, militares y corporativas de Estados Unidos sobre los jefes y los oficiales latinoamericanos. Ha difundido la doctrina de la seguridad nacional en los tecnoburócratas militares (y gran parte de los civiles) de los principales países latinoamericanos, como matriz mental, ideológica y práctica para el análisis, la evaluación y la transformación de la realidad, y, sobre todo, para la conquista y ejercicio del poder. La asistencia técnica ha contribuido así de manera decisiva a la homogenización relativa de las fuerzas armadas latinoamericanas, a la solidaridad interna como institución, al incremento de su profesionalismo y de su capacidad técnica, al refuerzo de su sentido de casta, a su concientización política *sui generis*, y a su vocación por el poder y por la asunción de una función rectora y tutelar sobre la sociedad y el Estado.

La combinación de las dimensiones de poder analizadas, culmina en la concentración de poder político de Estados Unidos sobre los países latinoamericanos, sobre todo en cuanto al control del Estado.

En la mayoría de los casos, los grupos socioeconómicos de interés, de presión y de poder, que se identifican con fracciones importantes de la gran empresa nativa y de las transnacionales, o las representan en mayor o menor grado, constituyen parte del aparato estatal y de los gobiernos; o bien, son más fuertes que uno y otros, y sobredeterminan sus orientaciones y actividades y los límites y resultados de su funcionamiento. Eligen, manipulan y corrompen a gobernantes y funcionarios. Afectan decisivamente —a través de sus

bases propias, de sus decisiones y comportamientos— la forma, la estructura y la dinámica de la sociedad que el Estado pretendería regular y planificar.

En esta situación, los factores exógenos adquieren una relevancia decisiva, a partir de la estructura del poder mundial, especialmente la hegemonía general del gobierno de Estados Unidos y la acción convergente de sus corporaciones transnacionales. Uno y otras se constituyen cada vez más en centros de poder externos a la región. Toman decisiones básicas para cada país latinoamericano y para la región en su conjunto, que los Estados deben considerar y acatar en la formación y ejecución de sus políticas. Estas decisiones se refieren a los flujos comerciales e inversores; las localizaciones; la tecnología; la producción; el empleo; la creación y distribución del ingreso; los tipos de especialización; los esquemas de equilibrio y de desequilibrio (entre países, áreas, ramas, grupos sociales); el grado de integración interna y regional. Los movimientos y resultados del comercio exterior y de la balanza de pagos, los flujos y reflujos de capitales, la caída de las reservas monetarias y de la capacidad de importar, el endeudamiento externo, fijan límites a los recursos y posibilidades —actuales y potenciales— de los países latinoamericanos; reducen drásticamente sus márgenes de decisión autónoma y de voluntad planificadora. Todo ello integra una constelación de circunstancias que escapan, en lo esencial, a la esfera de acción del país y del Estado; modifican las circunstancias previstas en la formulación y ejecución de decisiones y planes y condicionan negativamente su ejecución y sus resultados. Gran número de posibilidades y oportunidades positivas y progresistas se subutilizan, se usan mal, se pierden.

Los Estados latinoamericanos se ven privados de una parte considerable de sus poderes, especialmente los de tipo socioeconómico. La soberanía, la conciencia, la identidad nacionales, la nación misma como realidad sustancial y operativa, se van reduciendo en su funcionalidad y vigencia, y amenazan con caer con la obsolescencia lisa y llana.

De manera general, no sólo por sus omisiones sino, también y sobre todo, por sus acciones, en su constitución y en su funcionamiento, el Estado latinoamericano presupone y acepta en lo sustancial la constelación *dependencia-subdesarrollo*. Refleja y sirve la acción condicionante y determinante de las corporaciones y gobiernos de la potencia hegemónica y otras metrópolis avanzadas. Crea o refuerza sus premisas y mecanismos y regula sus consecuencias en función del equilibrio y de la continuidad del sistema. Ello se evidencia en muchas de sus políticas (económicas, sociales, culturales, científicas, tecnológicas, diplomáticas, militares).

La actividad del Estado tiene una participación considerable en la constitución y la modificación de la dependencia externa; en el reajuste de la economía, la sociedad y el modelo de crecimiento al sistema internacional

que emerge en las últimas décadas. En gran medida por su acción se instaura y se reproduce el neocapitalismo tardío, como forma actual y nuevo contenido de la dependencia externa, y se impone al respectivo país la vigencia de un *status* neocolonial en beneficio de los intereses metropolitanos, sobre todo las transnacionales, y de los grupos dominantes nativos.

La comprensión de la naturaleza y la dinámica del militarismo y del armamentismo en la América Latina contemporánea es limitada y errónea, si no se combina el examen crítico de la dinámica externa con el de la dinámica interna y de sus interrelaciones. Ello requiere, ante todo, una referencia al proceso de cambio social y de crisis política.

## 2. *Neocapitalismo, estatización y militarismo*

Desde 1930, América Latina se transforma por el entrelazamiento de factores y elementos externos (inserción en nuevas relaciones de subordinación hacia Estados Unidos como hegemonía emergente) e internos (crisis y modernización del agro, hiperurbanización, industrialización sustitutiva-dependiente, modificación de la estructura de clases, emergencia de un neocapitalismo tardío, tendencias estatizantes).<sup>7</sup>

Por sus características intrínsecas y por las del proceso de su implantación y avance, el neocapitalismo tardío-dependiente genera dos grandes líneas, que confluyen para la apertura de un proceso de cambios sociales conflictivos y de crisis política, a la vez orgánica y endémica.

Por una parte, el crecimiento neocapitalista desplaza y disuelve formas anteriores de dominación y producción, instaura sus propias condiciones de existencia y reproducción. Masas de población son liberadas de jerarquías tradicionales estrictas, reestructuradas y movilizadas, incitadas a multiplicar sus expectativas y necesidades, sus demandas y presiones de participación.

Por otra parte, todo ello es bloqueado por las características y consecuencias del modelo, de la estructura social y del sistema de poder. El modelo se implanta y realiza a través de una operación de conservadurismo modernizante, que se identifica con la ideología y la política del desarrollismo neocapitalista. El neocapitalismo se forma e impone como constelación totalizante y reguladora, bajo la forma de un proyecto paradigmático de tipo productivista-eficientista-consumista-disipatorio. El modelo y su proyecto de realización están impregnados y orientados por la idea del crecimiento y

<sup>7</sup> Ver Graciarena, Jorge, *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1967; García Antonio, *Atraso y dependencia en América Latina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1972; CEPAL, *El cambio social y la política de desarrollo social en América Latina*; Solari, Aldo et. al., *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*. Siglo XXI, México, 1976.

sus consecuencias, que pueden agruparse y definirse en tres órdenes: reduccionismo, fatalismo conformista, selectividad destructiva.<sup>8</sup>

De naturaleza y dinámica intrínsecamente marginalizantes, el modelo privilegia ciertas empresas y ramas, clases y regiones, en desmedro de las restantes y mayoritarias; genera tensiones, conflictos y antagonismos. La estructura social y el sistema de poder reservan a la nueva élite oligárquica, como forma actual de clase dominante, los centros de decisión y de acción política. La inversión, la acumulación, la rentabilidad de la gran empresa, exigen una alta concentración del poder y un orden autoritario extremo.

A partir y a través de la contradicción entre estas dos grandes líneas, la élite oligárquica y sus aliados encuentran crecientes dificultades para la reproducción del sistema y para el avance del modelo. La clase económica y socialmente dominante se divide en fracciones que compiten y hallan obstáculos para resolver el problema de la hegemonía. El congelamiento de la participación no impide totalmente la movilización de masas, la fuerza y acelera; genera tensiones y conflictos de absorción y control difíciles; incrementa tendencias y movimientos de crítica e impugnación.

El sistema tiende a una *entropía*, manifestada en situaciones de conflicto social, inestabilidad política, agrietamiento de la legitimidad, apertura de la brecha de consenso, debilitamiento de los recursos coercitivos, vacío de poder, crisis de hegemonía. Las perturbaciones permanentes y recurrentes en el sistema de dominación se manifiestan y movilizan a través de una extrema proliferación de ideologías y de movimientos, partidos y regímenes, que aparecen a la vez como reflejo, como continuidad y como intento de superación de la crisis social y política (liberal-conservadores, liberal-democráticos, de centro-izquierda, desarrollistas de pretensión pluralistas o abiertamente autoritarios, nacional-populistas, bonapartistas, socialistas reformistas o revolucionarios, neofascistas).

Estos intentos —con excepción del caso cubano— no destruyen el sistema de dominación; lo afectan, pero también lo preservan, lo refuerzan. La élite oligárquica y la derecha aceptan, promueven o aprovechan estos experimentos, como imposición inevitable, mal menor u opción provisional. Al mismo tiempo, los juzgan poco confiables o peligrosos, incompatibles u opuestos al modelo neocapitalista y al proyecto político de conservación o regresión, instrumentos o cómplices de una intención subversiva.

Esta gama de movimientos, partidos y regímenes dificulta tanto el mantenimiento de la vieja hegemonía oligárquica o su renacimiento bajo formas

<sup>8</sup> Véase Lefevre, H., *La survie du capitalisme. La re-production des rapports de production*, París, Anthropos, 1973; Mandel, E., *El capitalismo tardío*, México, Era, 1979; Kaplan, M., *Modelos mundiales y participación social*, México, Archivos del Fondo, Fondo de cultura Económica, 1979.

y con instrumentos diferentes, como la vigencia de una democracia liberal de participación ampliada. La élite oligárquica y la constelación de grupos que giran a su alrededor o se alían con ella, se inclinan a solucionar la contradicción entre el modelo y la crisis política mediante soluciones autoritarias que tienden a identificarse con un neofascismo *sui generis*.<sup>9</sup>

En este contexto, el Estado va incrementando sus invenciones y funciones, sus poderes e instrumentos, tiende a convertirse en un *Leviathan* criollo,<sup>10</sup> dual y ambiguo, inclinado a una autonomía relativa de alcances variables, contradictoria y, finalmente, limitada. El Estado se constituye o se reestructura en el tránsito al neocapitalismo tardío y dependiente, funciona ya bajo su signo. En última instancia, expresa y sirve al sistema, al grupo hegemónico y a la clase dominante, pero rara vez se identifica con ellos de manera absoluta e instrumental. La base socioeconómica y los conflictos de clases no condicionan ni determinan de manera mecánica ni unilineal a la esfera política y al Estado, y crean, por el contrario, la posibilidad y la necesidad de su relativa autonomización.

Variable independiente de la sociedad y de las clases, no sujeto a las coacciones de de la competencia y el mercado ni a la necesidad de valorización del capital, el Estado puede y debe presentarse como instancia universal y encarnación del interés colectivo. Se coloca por encima de la sociedad y neocapitalista-pendiente, de sus procesos de estructuración y reproducción y de sus clases. Asegura las premisas y requisitos de la sociedad y del modelo de crecimiento, expresa y regula sus intereses y necesidades. Mantiene las estructuras y procesos de cambio, competencia y fraccionamiento. Reglamenta las relaciones anárquicas y conflictivas entre clases y grupos. Da el cuadro formal de organización para el conjunto. Proporciona las condiciones de existencia y estructuración, de equilibrio y continuidad, a un sistema incapaz de lograrlas por el espontaneísmo económico o por la acción exclusiva de las unidades productoras privadas.

La intervención del Estado comienza por complementar a las grandes empresas, asumiendo funciones y tareas que aquéllas no cumplen. El avance de la división social del trabajo, la diferenciación y especialización de

<sup>9</sup> Ver Kaplan, M., "¿Hacia un fascismo latinoamericano?" en *Nueva Política*, México, vol. 1, núm. 1, 1976.

<sup>10</sup> He desarrollado el análisis de la naturaleza, funciones y comportamientos del Estado en los países latinoamericanos, en diversos trabajos: *Formación del Estado...*, cit.; *Aspectos políticos de la planificación en América Latina*, Montevideo, Tierra Nueva, 1972; "El Leviathan criollo. Estatismo y sociedad en América Latina contemporánea", en *Revista Mexicana de Sociología*, año XL, vol. XL, núm. 3, julio-septiembre 1978. Sobre el tema, ver también Ianni, Octavio, *Estado e planejamento econômico no Brasil (1930-1970)*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1971; Luciano Martins, *Pouvoir et développement économique-Formation et Evolution des Structures Politiques au Brésil*, París, Anthropos, 1976.

grupos y capacidades, las dificultades en la definición y satisfacción de intereses y problemas y en la solución de conflictos, expanden el material para el gobierno y la administración. El Estado acumula funciones, absorbe problemas y conflictos que se interiorizan y reproducen en su seno bajo forma política. La política y la administración se especializan cada vez más como esfera, práctica, profesión. El Estado y sus grupos fortalecen sus poderes, tienden al monopolio político, se independizan considerablemente, se vuelven el actor central de la sociedad.

Esta dinámica se despliega y revela —en lo general, y en lo relativo a la acumulación del capital y a la distribución del ingreso— a través de una gama de funciones, ante todo las de organización colectiva y política económica, mediante las cuales el Estado proporciona y garantiza las condiciones generales de estructuración y reproducción del neocapitalismo.

El Estado y sus empresas influyen en todos los niveles y aspectos de la estructura y del funcionamiento de la economía y la sociedad. Forman capital, distribuyen recursos e ingresos. Financian y administran la infraestructura económica y social, actividades de base y de punta, servicios esenciales. El Estado es principal comprador y vendedor de bienes y servicios, regula su demanda y su oferta. Invierte directamente y estimula la inversión privada. A través del empleo burocrático, los servicios sociales y las transferencias, el Estado mantiene el nivel de ocupación e ingreso de la población. Regula las condiciones del mercado, de la competencia y del monopolio.

Mediante el crédito, el proteccionismo, la política fiscal, las empresas públicas, diferentes mecanismos de desvalorización del capital social, el Estado contribuye decisivamente a que los monopolios nacionales y extranjeros superen la amenaza de la sobreacumulación. Asume así la responsabilidad y el costo de satisfacción del financiamiento público de la gran empresa; socializa los riesgos y pérdidas de aquélla; descarga los costos de esta función sobre empresas no monopolistas, clases medias y populares (impuestos, inflación).

El Estado incorpora, además, otros dos tipos de tareas. Por una parte, las políticas compensatorias, de restablecimiento de equilibrios perdidos, de prevención, atenuación, amortiguación de crisis (pilotaje global, medidas anticíclicas), de crecimiento y modernización y, excepcionalmente, de desarrollo. Por otra, organiza y coordina la economía y la sociedad en el cuadro de una estrategia de conjunto: mero intervencionismo, dirigismo, a veces y parcialmente la planificación.

El papel central del Estado en la acumulación del capital y en la distribución del ingreso, en la constitución y reproducción del sistema, se despliega también a través de sus otras funciones. Se institucionaliza a sí mismo, a

las clases y grupos, a sus actividades e interrelaciones fundamentales. Es productor de legitimidad y consenso para su propio poder y para el sistema. Asume la instauración y la vigencia del orden jurídico. Refuerza y reajusta su aparato político-administrativo de dominación y sus funciones de coacción social; sus medios de violencia y control; regula y arbitra las relaciones y conflictos de clases; unifica e integra al país. Es coproductor y codifusor de cultura e ideología, de tecnología y ciencia, y encargado directo o regulador influyente de la formación de recursos humanos. Media y arbitra en las relaciones del país y el sistema internacional, de los grupos nacionales con los extranjeros, de la autonomía nacional con la dependencia externa.

El Estado interviene en las condiciones que lo generan y alimentan, las estimula y desarrolla, trabaja en su propio avance. Aumenta sus funciones y poderes. Se vuelve productor y organizador. Estimula metaorganizaciones y metasistemas. Se hipertrofia, acumula y centraliza poderes. El aumento del estatismo y el refuerzo de las tendencias a la autonomía relativa del Estado, se entrelazan con: el refuerzo y la autonomización del personal político-administrativo; el ascenso de la burocracia como capa social específica y como tipo de organización; la emergencia y el avance de la tecnoburocracia militar y civil, cada vez más politizada; el incremento del sector público y las empresas nacionalizadas.

Para garantizar las condiciones de reproducción y avance del neocapitalismo, para el logro, sobre todo, de legitimidad y consenso, el Estado debe en parte presentarse y en parte situarse y operar como instancia autonomizada y superior respecto a las clases y grupos, fuerza dominante en la sociedad, poder extraño a las preocupaciones, inmediatas de unas y otras.

En relación a una clase dominante en lo económico y lo social, pero dividida en fracciones que se enfrentan en competencia y conflictos, y con dificultades para la expresión de sus intereses generales, para el logro inmediato de una voluntad de clase, y para el control directo del gobierno, el Estado y la élite política y administrativa se vuelven apoderados especializados en la "razón de Estado". Se organizan como poder mediatizado-mediatizador de la clase dominante, a la que otorgan existencia y unidad, organización y protección contra enemigos y peligros.

La autonomía relativa del Estado y de la élite gobernante como realidad objetiva que la clase dominante no puede ignorar ni anular, se posibilita y refuerza, además, por otros modos y mecanismos. El bloque en el poder, heterogéneo y minado por contradicciones y presiones que provienen de su seno y de afuera, no puede impedir que diferentes sectores y ramas del Estado se vuelvan sedes del poder de representantes de clases o fracciones no dominantes. La fracción gobernante puede resistir exigencias de la fracción hegemónica o de la clase dominante, e intentar incluso sacudir su yugo para

apropiarse gran parte del poder o su totalidad. El personal político y administrativo piensa y actúa a partir de sus propias categorías políticas, que funcionan como mediaciones; está convencido, en gran medida, de su propia imparcialidad y hasta de su neutralidad; cree en la autonomía y supremacía del Estado, de sus decisiones y políticas. La democratización en el reclutamiento político, los mecanismos políticos de promoción grupal e individual, abren los organismos del Estado y los corredores del poder a individuos provenientes de niveles medios e inferiores, sensibles a las presiones de clases subalternas y dominadas, predispuesto a satisfacer muchas de sus demandas, incluso como justificación de su papel de mediación y de promoción del orden y del bienestar, para el refuerzo de la legitimidad y consenso respecto al sistema y al Estado, y para el incremento de las propias posibilidades del poder y de autonomización relativa. El Estado arbitra tanto más entre grupos de la clase dominante, y entre ésta y las clases subalternas y dominadas, cuanto más está en juego la coherencia y la estabilidad del sistema.

Siempre presente y fluctuante, susceptible de alcanzar una extrema latitud, la autonomía del Estado y de su personal no deja de ser relativa (por una serie de razones), ni de mantenerse dentro de ciertos *límites*.

Ante todo, la fracción hegemónica y la clase dominante, como el Estado y la élite política y administrativa, se constituyen y actúan sobre las bases, en los marcos y como componentes de un sistema global. Las coordenadas del sistema asignan al Estado un papel, en última instancia, limitado. Las funciones que el Estado asume respecto a la economía y a la sociedad establecen una correspondencia necesaria entre la política del Estado y los intereses socioeconómicos predominantes, hacen que la primera sirva, en definitiva, a los segundos.

Las empresas descentralizadas revelan, con particular nitidez, la contradicción: la intervención del Estado y la extensión del sector público, a la vez como una necesidad y como un nudo de contradicciones para el neocapitalismo, que tiende así a promoverlas y a limitarlas, a usarlas y a lamentarlas.

Otros factores y circunstancias que contribuyen a la limitación de la autonomía del Estado y de su personal superior, son fundamental los siguientes:

Restricciones a la promoción individual y a la democratización efectiva del grueso de los dirigentes y cuadros públicos.

Incidencia de los factores y mecanismos de cohesión y regulación de los grupos gobernantes y administrativos (identidad de condiciones y prácticas profesionales; medios de sociabilidad, de educación, de información y co-

municación de masas como agentes de adoctrinamiento conservador y de imposición de tabúes políticos).

Red de vínculos (familiares, económicos, sociales, ideológicos) entre miembros de la clase dominante y dirigentes políticos y administrativos.

Control por representantes de la fracción hegemónica sobre ramas, órganos o aparatos de Estado que predominan sobre las restantes.

Llamadas al orden al personal político-administrativo, contra excesos en la dinámica autonomizante (retracción o evasión de capitales, desequilibrios monetarios, inflación y desabastecimiento, operaciones de desestabilización política, golpes de Estado).

El incremento de las intervenciones, funciones y poderes del Estado, su conversión en el actor central del proceso sociopolítico de la América Latina contemporánea, encuentran su manifestación culminante y extrema en la transformación de las fuerzas armadas, y en los regímenes militares de nuevo tipo, en especial las versiones de *neo-fascismo sui generis*.<sup>11</sup>

Desde 1930, y sobre todo en las dos últimas décadas, las *fuerzas armadas* se van convirtiendo en corporación que define y promueve sus propios intereses y objetivos y avanza cada vez más en la politización permanente. La aventura ocasional de la institución armada que toma el gobierno en la crisis, como interludio entre dos regímenes civiles, va siendo remplazada, primero por la reivindicación de una función tutelar sobre la nación y luego por el ejercicio de un poder autónomo fuera y por encima de la sociedad y del propio Estado. Las fuerzas armadas se sienten y proclaman única agencia integradora y suprema conducción política de la nación. Como tales, tienden a operar de modo abierto y total, sin intermediaciones, coberturas ni eufemismos, en una plenitud de poder que no admite restricciones ni plazos.

El advenimiento de esta situación ha sido preparado por las tendencias preexistentes de las sociedades latinoamericanas al autoritarismo y a la tecnoburocratización, y en respuesta a las exigencias y problemas del modelo neocapitalista, de la crisis de hegemonía, de las brechas de consenso y los vacíos de poder. En el mismo sentido han operado los elementos inherentes a la institución militar que determinan un tipo particular de personalidad, de relaciones humanas y de comportamientos: autoridad jerárquica y disciplina rígida; segregación del mundo civil; proclividad al uso de la violencia; definición militar de la realidad; sentido de superioridad respecto al resto de la sociedad.

La importancia de las fuerzas armadas aumenta, además, a través y en

<sup>11</sup>Ver Kaplan, M., "¿Hacia un fascismo...?", *cit.*, *supra*, nota 9 y otros artículos de la misma revista.

función de varias décadas de debilitamiento y desintegración de las instituciones políticas y de los grupos y partidos civiles. Éstos, para instrumentar a las fuerzas armadas, las incitan a intervenir corporativamente como casta, a ejercer e imponer su arbitraje en los conflictos y en las funciones gubernamentales. En este proceso, las fuerzas armadas van dejando de ser medios, y adquieren intereses y fines propios para los cuales los civiles y sus instituciones son medios. Se vuelven partido político *sui generis*, integrado y liderado por un nuevo tipo de político armado o de militar político.

A la vez como efecto y como causa de esta tendencia, las fuerzas armadas se convierten en objeto de presión y en canal de expresión mediatizada de todas las clases y de ciertos grupos nacionales e internacionales.

Ante todo, las fuerzas armadas sufren las presiones e influencias de las grandes potencias y de las transnacionales, se ven implicadas en sus conflicto: bloque capitalista y bloque socialista; Guerra Fría; Estados Unidos y Gran Bretaña; Pentágono y Departamento de Estado. Ellas son inducidas a la cruzada en defensa de la "civilización cristiana y occidental", del *statu quo*, de la modernización neocapitalista. Tienden a evaluar toda crítica del sistema, todo modelo alternativo de cambio, como subversión instrumentada por una conspiración interna-externa, que recurre a todos los medios de la guerra revolucionaria. Se trata de identificar las amenazas exteriores e interiores y de destruirlas a través de la contra-insurgencia. Ello lleva a políticas antipopulares y antinacionales y a métodos despóticos. La salvación nacional justifica la toma del poder y la instauración de dictaduras más o menos irrestrictas. Se pretende, cada vez más, imponer una disciplina militar a la sociedad, a través de gobiernos que se identifican con los estilos y las prácticas del autoritarismo vertical, la represión generalizada; el aumento y la centralización de los medios de violencia, de control social, de coacción político-ideológica.

Los oficiales usan el poder militar-político para el logro o la conservación de privilegios, y para el ascenso o el mantenimiento en los niveles superiores de la sociedad. Las grandes empresas actúan, por su parte, para influir sobre jefes y oficiales que tienen poder decisorio en la administración y en la política económica, y pueden adoptar así medidas favorables a la rentabilidad y la acumulación de las grandes empresas. Se difunde la entrada de altos jefes en los directorios de las empresas públicas (reservorio de fondos y poderes, dispensadores de privilegios) y de consorcios privados, su papel de gestores uniformados, sus prácticas corruptas.

Este proceso se despliega, sin embargo, a través de fuerzas y tendencias contradictorias. El sometimiento a las directivas externas implica una subordinación contradictoria con el nacionalismo profesional de los militares, y se proyecta como problema político y como interrogante moral para las

conciencias de muchos de ellos. Integrantes de una institución que se dice puntal de la soberanía y de la democracia, los militares deben apoyar en los hechos una política colonizadora y represiva que los convierte, frecuentemente, en gendarmes de ocupación de una potencia extranjera y en verdugos de su propio pueblo. Fascinados por el posible disfrute del poderío bélico que depende de máquinas, es decir de la industrialización y de la ciencia y tecnología autónomas, deben, sin embargo, aceptar políticas económicas, sociales y culturales de signo regresivo e incompatibles con el logro de aquellas premisas.

Por otra parte, la asunción de responsabilidades estatales exige información general y específica y técnicas racionalizadas, en contradicción con mentalidades y posturas demasiado primitivas y reaccionarias. La obsesión por la guerra revolucionaria, la asunción de las tareas de inteligencia y contrainsurgencia, obligan a entrar en los problemas del marxismo y en las experiencias del bloque soviético, de los regímenes posrevolucionarios y del "Tercer Mundo". Los militares se encuentran así con una concepción del mundo y un aparato teórico-práctico que emiten mensajes significativos para la problemática latinoamericana, y que han demostrado eficacia para liberar pueblos atrasados y sometidos y para la edificación o reconstrucción y el manejo de poderosos Estados. Esta experiencia contribuye *hasta cierto punto* a estimular el interés en buen número de oficiales, y a debilitar algunos de sus prejuicios y resistencias.

Por añadidura, se acentúa la oposición entre las fuerzas armadas, convertidas en fuerza de ocupación y represión y en instrumento de grupos privilegiados, por una parte, y sectores considerables de la clase media y de los trabajadores y campesinos, por la otra. A ello han contribuido la participación militar en el derrocamiento de gobiernos más o menos populares y democráticos, en la persecución de movimientos y tendencias de tipo populista y socialista, la implantación de políticas económico-sociales de tipo regresivo. Grupos considerables de jefes y oficiales pueden sentirse inquietos por la percepción del resentimiento y del odio populares, también de las fuentes de poder político que reside en las masas y que las experiencias bonapartistas-populistas han revelado. Ellos pueden llegar a entender que, para combatir el peligro revolucionario, debe buscarse formas de entendimiento, canalización y manipulación de las masas.<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Sobre el populismo militar, ver: Frondizi, Silvio, *La realidad argentina-Ensayo de interpretación sociológica*, tomo 1; *El sistema capitalista*, Buenos Aires, Ediciones Praxis, 1956; Kaplan, M., *Gobierno peronista y política del petróleo en la Argentina (1946-1955)* (2a. edición), Caracas, Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela, 1971; Peña, Milcíades, *Masas, caudillos y élites-La*

Asimismo, las fuerzas armadas rara vez o nunca llegan a ser una casta monolítica. Una parte considerable de sus oficiales y suboficiales se recluta en la clase media y en sectores populares. La crisis va afectando a estas capas, y luego a la propia institución (inflación, déficit presupuestario). Las purgas políticas en las fuerzas armadas hacen perder a muchos oficiales y suboficiales la situación protegida, los lanza a subsistir por sus propios medios en la sociedad civil como el resto de sus miembros. Surge, por consiguiente, una mayor sensibilización hacia los problemas sociales y políticos y hacia las masas.

La etapa histórica en la cual las fuerzas armadas ascienden cada vez más a la coparticipación o el monopolio de la hegemonía, es también aquella en la cual no pueden evitar su crisis interna, que se entrelaza con la crisis general de la sociedad. Incorporadas a la política y al gobierno, sometidas a la presión de las clases y de los grupos que no pueden ignorar, las fuerzas armadas bajan del pedestal y se acercan al nivel común; pierden misterio y se desacralizan; se someten a la crítica, al ataque, a la irrisión, al desgaste que traen las decisiones que se valoran por sus resultados y son conflictivas.

Su carácter de única fuerza centralizada y monopolista de la violencia da a las fuerzas armadas la posibilidad de asumir la hegemonía. La acción de los factores señalados genera tendencias a la disgregación y a la lucha de fracciones que afecta su poder. Coexisten y se entrelazan tensiones y conflictos entre: las tres armas; los militares tradicionales y los tecnoburócratas; las logias basadas en líneas políticas y en conexiones con grupos nacionales y extranjeros; los nucleamientos generacionales; los oficiales y suboficiales. El ascenso de las fuerzas armadas a la cumbre del Estado intensifica la lucha de facciones por un poder incrementado y decisivo. Los mecanismos de obediencia automática son amenazados por hábitos anarquizantes de discusión, iniciativa y rebeldía. Se vuelven cada vez más difíciles la imposición de una autoridad central indiscutida en cada arma y la coordinación de las tres armas.

La oficialidad percibe estos aspectos críticos con claridad variable y extraen diferentes conclusiones. No ignoran el desgaste por el ejercicio del poder directo. Temen las repercusiones internacionales e internas de una

*dependencia argentina de Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires, Ediciones Fichas, 1971; Büttner, Friedman, et. al., *Reform in uniform? Militärherrschaft und Entwicklung in der Dritten Welt*, Bonn-Band Godesberg, Verlag Neue Gesellschaft GMBh, 1976. Sobre la dinámica contradictoria de las Fuerzas Armadas en América Latina puede verse también: Mercier Vega, Luis (editor), *Fuerzas armadas, poder y cambio*, Caracas, Editorial Tiempo Nuevo, 1971; Stepan, Alfred, *Brasil: Los militares y la política*, Buenos Aires, Amorrortu, 1972; Rouquié, Alain, *Pouvoir militaire et société politique en République Argentine*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1978.

dictadura abierta, pero también temen que un orden democrático, en condiciones de crisis agravada, puede favorecer expresiones populares incontenibles, eventualmente revolucionarias. Jefes y oficiales rechazan y aceptan estas evidencias, no saben bien cómo armonizar el nudo de contradicciones que enfrentan. De ahí las ambigüedades, las marcas y contramarchas, el agravamiento de los conflictos internos, la influencia de todo ello en el proceso político de las dos últimas décadas.

Por todas estas razones, sectores más técnicos y politizados de las fuerzas armadas se vuelven más sensibles a los grandes problemas, cualquiera sean los juicios que hagan y las soluciones que elijan. Aumentan y mejoran su formación y su información. Reciben una preparación cada vez más completa en asuntos no sólo militares, sino también técnicos, científicos, administrativos, económicos, sociales y políticos. Estrechan sus contactos y formas de colaboración con intelectuales y técnicos civiles, por los cuales son influidos y a los que influyen e integran (cursos de capacitación, asimilación profesional). Las vicisitudes políticas de las últimas décadas permiten a los militares el desempeño de cargos en el gobierno; han enriquecido su experiencia y su capacidad de decisión; han fortalecido su papel público de expertos y su influencia política. A través de los servicios de inteligencia y de los agregados militares en las embajadas, tienen acceso a una información total —nacional e internacional— muchas veces reservada. Los objetivos combinados de hegemonía política, de seguridad internacional y de orden interno, justifican que las fuerzas armadas desarrollen su propio aparato de relaciones públicas y de propaganda, y utilicen para iguales fines a otros órganos del Estado, incluso la enseñanza, y a instituciones privadas que integran su red de vínculos y alianzas. Han podido así implantar con éxito sus concepciones específicas en amplias capas de la población, proyectando en ellas imágenes más atractivas de sí mismas y de su ideología. Ninguna fuerza civil dentro o fuera del Estado dispone de poder equivalente, ni de libertad para responder.

Las fuerzas armadas se van convirtiendo en una élite profesional tecnoburocrática *sui generis*, capaz de combinar la imbricación técnica y política con el monopolio de los medios de violencia y de coerción. Se vuelven cada vez más un fin en sí mismo, un aparato que sirve a quienes lo integran y que se conserva y se promueve a sí mismo. Coparticipan con fuerte peso en las coaliciones que adquieren y ejercen la hegemonía, y tienden a lograr el monopolio de ésta y diseñar e implementar un proyecto político propio al que subordinan todo otro grupo, interés u objetivo.

La transformación y la redefinición de las fuerzas armadas como tales y de su papel en la sociedad y en la política, cuya incompreensión impide o deforma la evaluación del militarismo y del armamentismo en la Amé-

rica Latina actual, culminan y se revelan en toda su realidad a través de los nuevos regímenes del cono sur.

### 3. *El neofacismo sui generis: naturaleza, implicaciones, perspectivas*

El tipo de régimen implantado en el cono sur desde principios de la década de 1960 (Brasil, Chile, Argentina, Uruguay, Bolivia) puede ser caracterizado como propio de un neofacismo *sui generis*, correspondiente a las condiciones específicas de América Latina. El neofacismo latinoamericano de este tiempo se caracteriza por: a) Proceso de génesis e implantación; b) Sistema de alianzas y mecanismos de legitimación; c) Uso de formas simbólicas; d) Militarización del poder y universalización de la represión; e) Rasgos y consecuencias del modelo de crecimiento económico; f) Mecanismos intrínsecos de autoreforzo y autopreservación.<sup>13</sup>

a). En su *génesis e implantación*, el régimen se presenta como *solución final* para las contradicciones entre las exigencias del modelo neocapitalista y la crisis de hegemonía, la detención de la entropía, la promoción del desarrollo de posibilidades del sistema, a través del ajuste violento de lo social y lo político-ideológico al tipo de economía y de dominación que se busca. A la decisión de las fuerzas armadas y de la nueva élite oligárquica, se llega por una combinación variable de tres elementos: i) una percepción realista de los riesgos actuales de desborde de masas y de desencadenamiento de procesos incontrollables; ii) una reacción anticipatoria para impedir la actualización irreversible de posibilidades amenazantes (lecciones de la Revolución cubana); iii) una distorsión paranoica de la visión y del juicio por el pánico. La experiencia se funda en un golpe de Estado de las fuerzas armadas contra el gobierno civil (Brasil, Chile, Argentina, Uruguay) o militar con veleidades populistas (Bolivia del general Torres).

b) La hegemonía pasa a ser compartida esencialmente por las fuerzas armadas y por la nueva élite oligárquica que integra en su seno sectores dominantes de los terratenientes, comerciantes, financieros e industriales; en alianza prioritaria con las transnacionales, y en alianza secundaria con sectores de la tecnoburocracia civil y otros estratos de la clase media (y eventualmente también de la burocracia sindical y de la aristocracia obrera).

En base al modelo europeo de fascismo de los años 1920 y 1930, se ha objetado que el neofascismo del cono sur carece del sustrato del capital monopolista, de base de masas y de un partido político. Debe recordarse, sin embargo, que las manifestaciones del neofascismo en el cono sur no

<sup>13</sup> Véase Vilar, Sergio, *Fascismo y Militarismo*, Barcelona-Buenos Aires-México, Grijalbo, 1978; Marcos Kaplan, "¿Hacia un fascismo...?", *cit., supra*; y M. Kaplan *Social change and the political system in Argentina*, RFA, Stiftung Wissenschaft und Politik, Ebenhausen-Haus Eggenberg, 1979.

deben reproducir necesariamente todos y cada uno de los rasgos, las secuencias ni los resultados del fascismo europeo. El neofascismo latinoamericano es un fenómeno en sus comienzos, subdesarrollado y dependiente, caracterizado por la desigualdad y la combinación específica de sus características, articulaciones y procesos. En segundo lugar, al papel de promotor y usufructuario del gran capital en el fascismo italiano y alemán, corresponde en América Latina la alianza entre la nueva élite oligárquica y las transnacionales y el proceso de implantación y avance del neocapitalismo tardío y dependiente.

En tercer lugar, el neofascismo latinoamericano no ha enfrentado la amenaza de grandes partidos socialistas o comunistas de masas. Intenta superar los problemas planteados por movimientos y gobiernos de izquierda moderada, nacional-populistas, reformistas o, incluso, intrínsecamente conservadores, como el peronismo, que además se hallan en estado de fracaso virtual, derrota, división, indefinición o inoperancia política. El neofascismo es fundamentalmente liderado y estructurado por las fuerzas armadas, no destruidas por una guerra ni desgastadas por una crisis nacional de disolución, sino intactas en su capacidad ofensiva y represiva, dispuestas a ejercer esa capacidad sin restricciones, y que son además hostiles a la participación política de las masas. Las fuerzas armadas se asumen como partido único. Al partido militarizado del fascismo europeo corresponde en América Latina el militarismo politizado y, de hecho, partidista de las fuerzas armadas.

El régimen neofascista renuncia, así, *a priori* —quizás en parte y provisoriamente— a la *legitimación* y al *consenso* de tipo democrático-liberal. Se autolegitima por la propia fuerza; por su éxito en la represión; por la identificación de las fuerzas armadas con un proyecto propio, antes que instrumental de la clase dominante, de las transnacionales y del sistema; por la misión histórica cuyo cumplimiento asumen. Se autolegitima, además, por la afirmación extrema de una ideología *desarrollista* (mística del crecimiento económico, fatalismo y conformismo, selectividad destructiva), que exalta el papel central del científicismo y de la tecnoburocracia en el sistema de decisiones y en el logro de legitimidad y consenso. El neofascismo puede llegar a disponer de bases sociales de consideración y de otras formas de legitimación, por circunstancias a las que luego se vuelve.

c) El *Estado* es reestructurado en su aparato y su personal, sus funciones y sus modos de operar. Se convierte en el actor supremo, que asume un autoritarismo represivo llevado al extremo para defender a la nación contra una conspiración de sus enemigos internos y externos, y garantizar la unidad y el orden que posibilitarán la grandeza y el bienestar. Crecimiento, seguridad, integración nacional, colaboración de clases e instituciones, paz social y orden político, se vuelven componentes interdependientes de una

misma constelación. Ello determina correlativamente las exclusiones y los enemigos, la regulación y la supresión de las demandas disfuncionales y peligrosas, la destrucción de todo lo que sea pluralismo político, participación ampliada, movilización de masas, y apunta a la extirpación de la instancia política.

d) El régimen neofascista usa, en grado sin precedentes, las *formas simbólicas de poder*, las técnicas y los aparatos, de *información, comunicación y control social* (medios de masas, electrónica, estructuras de organización y manipulación). Suprime y distorsiona el conocimiento de aspectos importantes de la realidad. Bloquea la racionalidad y la concientización sociales y políticas. Descalifica a los movimientos de oposición e impugnación y a las alternativas sociales y políticas que ellos proponen. Generaliza las actitudes y conductas de conformismo, sumisión, apatía y evasión. Crea y refuerza mecanismos de legitimación y de consenso (activo o pasivo) para sí mismo y sus beneficiarios. Logra el encuadre ideológico, político, administrativo y policial de la sociedad, la atomización y subordinación de ésta como cuerpo amorfo, sin órganos de expresión ni de participación y control.

e) *El poder se militariza, la represión se universaliza*. Las fuerzas armadas se politizan e independizan, como liderazgo supremo y agencia integradora del país. Una dictadura irrestricta para la salvación nacional impone una disciplina militar sobre la sociedad. Aumentan y se centralizan los medios de violencia, y su uso normal para el control social, la imposición ideológica y la coacción política. La violencia se vuelve la solución para todo problema. La militarización del poder se refuerza por la tecnocratización de las fuerzas armadas, las relaciones de cooperación y alianza entre tecnoburocracia militar y tecnoburocracia civil.

La represión se universaliza en sus objetivos, destinatarios, formas, niveles y aspectos. Mejora sus medios en número, refinamiento, intensidad y eficacia. Combina los instrumentos normales con los correspondientes a las organizaciones parapoliciales y paramilitares y a los métodos de una guerra civil no declarada. Se rompe más aún el equilibrio entre la represión estatal y paraestatal y la capacidad defensiva y ofensiva de las clases e instituciones de la sociedad civil. El régimen neofascista obstaculiza y destruye organizaciones, movimientos, procesos de concientización y movilización populares; refuerza la tendencia a la despolitización, al conformismo y a la apatía.

El neofascismo es así la forma culminante y reveladora de una evolución por la cual militarización y armamentismo son componentes y resultados de un proceso primordialmente interno, tanto o más que de factores y desarrollo externos (cuyo papel, sin embargo, fue antes reconocido).

f) Este régimen político presupone un *proyecto de crecimiento económico*, se entrelaza e interactúa con él, a la vez lo posibilita y se sirve de él.

A partir de la crisis económico-sociopolítica que se encuentra en sus orígenes, el régimen neofacista se inspira en una peculiar combinación de neoliberalismo extremo y de estatismo dirigista para elaborar una estrategia de estabilización y de reconstrucción que impulse el crecimiento y realice el proyecto de neocapitalismo tardío y dependiente. Se trata de ajustar al respectivo país a la nueva división internacional del trabajo en emergencia, y de conducirlo para ello a una nueva síntesis agroindustrial, a un sistema semiabierto en el cual, por una parte, se refuerce el papel de la gran producción agroexportadora, y por el otro, se dé un lugar significativo a la industria de las multinacionales y de la gran empresa nativa. Ello requiere la reestructuración de la economía y del aparato productivo, en función de la nueva racionalidad, con sacrificio de ramas y fábricas no competitivas. A las medidas favorables a la acumulación y la rentabilidad de los grandes propietarios e inversores, la euforia de la clase alta y medio alta y de las transnacionales, corresponde un impacto negativo y regresivo en la situación de las mayorías nacionales. La inflación no es controlada. El costo de vida aumenta continuamente para una clase trabajadora y una clase media profesional y asalariada sobre las cuales se han descargado también la represión, el fantasma o la realidad de la desocupación, el bloqueo de remuneraciones e ingresos. Salvo una minoría, la población es afectada por el trastorno brutal en el nivel y en el estilo de vida, la lucha por la supervivencia, la pauperización y la proletarización.

g) El análisis crítico del neofacismo de sus implicaciones y de sus perspectivas, requiere finalmente tener en cuenta que dicho régimen posee *mecanismos inherentes de autorrefuerzo y de autopreservación*.

El carácter monstruoso del proyecto neofacista no predetermina necesariamente su fracaso a corto o mediano plazo, por autodestrucción, por rebelión de las mayorías víctimas o por entrega voluntaria del poder. Por el contrario, la génesis y la naturaleza del proyecto, sus caracteres y sus efectos, explican *en parte* la permanencia del régimen, la inexistencia de alternativas políticas, la falta de una resistencia significativa.

Ante todo, la *élite militar* ha llegado al poder para quedarse. Se identifica a sí misma y a su hegemonía con una cruzada sin plazo y sin límites. Cualesquiera sean sus disidencias internas, está unida por el propósito común, por la necesidad de defenderse contra enemigos y peligros (internos y externos, reales e imaginarios), y por las perspectivas de disfrute de poderes, recursos e ingresos que el refuerzo de la posición de casta hegemónica otorga a sus principales dirigentes y componentes. Éstos han ido, además, demasiado lejos en los excesos de la represión y en el cumplimiento del modelo neocapitalista y sus consecuencias. Temen las posibles exigencias de investigación y castigo, o la simple venganza de las víctimas, sus familiares, ami-

gos y camaradas. La feudalización del poder y de la represión (por armas, servicios, jefes, facciones), el desborde del gangsterismo paramilitar y parapolicial, agravan este peligro y dificultan la eliminación de las bandas armadas y, por lo tanto, la negociación para una apertura democrática. Los dirigentes y miembros de la élite oligárquica y de la alta clase media temen que la desaparición del régimen neofacista les haga perder muchos de los beneficios que aquél les ha otorgado, y dé lugar a la repetición agravada de procesos anteriores (nacional-populistas, desarrollistas-democráticos, socializantes) o abra alternativas políticas más reformistas o radicales.

Sobre los grupos mayoritarios inciden la baja de ocupación, de ingreso y de nivel de vida, la inflación, la preocupación por la supervivencia material, como fuentes de inseguridad, angustia y actividad absorbente en la vida puramente privada.

Se crea así en la casi totalidad de la población un estado de ánimo hecho de pánico, temor difuso, apatía y conformismo y una situación de parálisis colectiva. Ello se manifiesta en la reducción casi total de los grandes movimientos de protesta; en la supresión de la periferia de reclutamiento y apoyo para la guerrilla y la destrucción de ésta; en la hibernación de los partidos políticos. Se expresa también en la reticencia a expresar opiniones críticas o heterodoxas en presencia de extraños, en la autocensura, en los fenómenos de negación y distorsión de realidades perceptibles, en la despolitización.

La parálisis por el terror y la inseguridad se entrelaza con la disponibilidad por el régimen de *bases sociales*, y no sólo por parte de los beneficiarios directos. El modelo político-económico (neofacismo y neocapitalismo tardío y dependiente) victimiza a las mayorías, pero de manera desigual. Ciertos sectores son relativamente menos maltratados que los restantes, o reciben beneficios limitados, o esperan incrementarlo en el futuro por concesiones del régimen. Se teme las consecuencias que tendría el regreso al poder de regímenes procedentes o de alternativas radicales (ascenso de masas, pérdida de privilegios, descenso social, crisis económicas y políticas, guerra civil), y el terror a las sanciones del gobierno contra todo disconformismo o impugnación. Se estimula así el individualismo, el egoísmo, la irresponsabilidad, la competencia y el conflicto entre las víctimas, su fraccionamiento y manipulación por separado. La manipulación se relaciona con la heterogeneidad de la coalición en el gobierno; la competencia entre grupos e individuos por el control político y el uso particularista del Estado; la constitución e instrumentación de clientelas y alianzas; los intercambios de dones y apoyos entre fracciones de la coalición y del Estado, por una parte, y clases, grupos e instituciones por la otra.

Las élites en el Estado logran así el apoyo subordinado y el consenso pa-

sivo o la resignación apática de sectores de clases medias y populares, las disocian del bloque de las víctimas y las manipulan. Es el caso de medianos y pequeños empresarios; intelectuales, profesionales y técnicos; burocracia menor; dirigencia sindical y aristocracia obrera; marginales y desclasados. Esta posibilidad es reforzada por el manejo y la canalización de las insatisfacciones, ansiedades, neurosis, terrores, delirios y agresividades de una parte de las víctimas, contra otras víctimas a las que se responsabiliza por las situaciones sufridas: militantes sindicales y políticos, intelectuales críticos, estudiantes rebeldes, sacerdotes posconcialiarios, minorías étnicas, extranjeros. Se constatan signos de derechización en la psicología, el discurso y el comportamiento de miembros de clase medias y populares, que antes se caracterizaron por un cierto liberalismo, progresismo o izquierdismo. A ello corresponden las actitudes de comprensión y simpatía hacia el autoritarismo y la represión del régimen neofacista; las exaltaciones nacionalistas en competencias deportivas internacionales, en los conflictos fronterizos y frente a denuncias y presiones internacionales; la xenofobia, el antisemitismo y el racismo contra indios y negros; la abdicación por la prensa de críticas del gobierno y la defensa del mismo; las conductas cautelosas y negociadores de líderes sindicales y políticos.

El descontento y la oposición nunca desaparecen del todo, se mantienen y pueden resurgir en explosiones insospechadas, pero hallan obstáculos para su organización y su conversión a corto plazo en fuerzas capaces de enfrentar y, sobre todo, de remplazar al régimen neofacista.

El fracaso previo a la instauración del neofacismo, ha afectado a grandes fuerzas sociales y políticas, al nacional-populismo y al desarrollismo, a las izquierdas y al liberalismo, al sistema de partidos y al parlamento, a las alternativas democráticas. La derrota ha infundido en las mayorías la confusión y la desilusión, la desmoralización y la apatía; desacredita a quienes son o pretenden ser dirigentes y representantes del pueblo. Todos los partidos y tendencias, desde el centro hasta la izquierda, han dejado una herencia ideológico-política de ambigüedad, paternalismo, autoritarismo, corrupción y desmovilización; parecen incapaces de superar la crisis y de proporcionar alguna alternativa. Esta situación es reforzada por el descrédito de las opciones nacional-populista, desarrollista-liberales y socialistas, también en el ámbito internacional (imagen totalitaria de URSS y de China, enfrentamiento entre ambas, y entre Vietnam y Camboya, fracasos y mitificaciones en el "Tercer Mundo").

Un número considerable de dirigentes, cuadros, miembros y aparatos de los partidos y de sus periferias, es físicamente aniquilado, o bien encarcelado, apaciguado por el terror, la inseguridad y la conciencia del fracaso; o marcha hacia el exilio. La emigración debilita y descompone a muchos de

los que se van, y amputa recursos humanos para la oposición y la búsqueda de una salida en el interior. El resto de las élites y de las organizaciones intelectuales y políticas se paraliza o trata de adaptarse. La mayoría de quienes sobreviven dentro y fuera del país evidencian su incapacidad para la crítica, la explicación de los fracasos y la asignación de responsabilidades, la extracción de lecciones del pasado y la preservación de la memoria histórica, el diseño y la implementación de alguna alternativa por la que valga la pena luchar. Algunos niegan la derrota, o la consideran —junto con el actual régimen— un interregno de superación inevitable. Para otros, la admisión de la derrota induce a la impotencia, al reconocimiento del poder irresistible del régimen neofascista, a la adaptación a las condiciones que él impone, para sobrevivir, para aprovecharlo o para superarlo. Los esfuerzos compulsivos de numerosos intelectuales y académicos para negar carácter fascista al régimen, y reinterpretarlo bajo el rubro de diferentes denominaciones (autoritarismo burocrático, régimen de excepción, dictadura militar de nuevo tipo) se acercan peligrosamente a un ejercicio de justificación táctica o de legitimación indirecta, o se confunden con él.<sup>14</sup>

Los sectores que mantienen su integridad, las nuevas generaciones de intelectuales y militantes, carecen así de fuerzas y estructuras con capacidad para mantener o recuperar y enriquecer la memoria histórica, y para reconstruir y superar las tradiciones ideológico-políticas, organizativas y de acción. Ejemplo relevante es la destrucción o la emasculación de las universidades e instituciones culturales, de los medios independientes de información y comunicación, de los sindicatos y los partidos.

El régimen neofascista puede, así, por un plazo imprevisible, controlar el proceso político y el Estado, y no prevé amenazas graves en lo inmediato. Las protestas internacionales y las presiones del gobierno del presidente Carter, no son desdeñables, pero tampoco decisivas. Las presiones gubernamentales de Estados Unidos están ante todo afectadas por una brecha de credibilidad, dados los apoyos mantenidos a regímenes tan desacreditados y repudiados como los de Irán, Nicaragua y similares. Mientras los gobiernos neofascistas conserven sus actuales capacidades de control y no aparezcan fuerzas internas de oposición que lo enfrenten con éxito y le pongan alternativas viables, la presión externa modifica poco la situación; puede lograr concesiones parciales o simbólicas en cuanto a derechos humanos, junto con la exasperación de los gobernantes y, en algunos casos, la solidaridad con el gobierno por parte de ciertos sectores nacionales. Este tipo de

<sup>14</sup> Ver, por ejemplo, O'Donnell, Guillermo, *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires, Paidós, 1972, y "Reflexiones sobre las tendencias de cambio del Estado burocrático-autoritario", en *Revista Mexicana de Sociología*, año XXXIX vol. 1, enero-marzo 1977.

cuestión se vincula con otra más general: las tendencias en la política exterior de los regímenes neofascistas, y sus implicaciones para el armamentismo.

La dinámica interna hacia la primacía de gobiernos militares y regímenes fascistas se ve posibilitada y reforzada por la dinámica externa, pero la primera es el elemento generativo y constitutivo que predomina. La participación de las transnacionales y de los órganos políticos, diplomáticos y militar-policíacos de los Estados Unidos en la génesis de tales regímenes ha sido suficientemente reconocida y públicamente comprobada. Esta injerencia se ha dado, a la vez, en la lucha contra los movimientos y gobiernos que la derecha latinoamericana recusa, ataca e intenta destruir, y en el apoyo al surgimiento y al éxito de regímenes militaristas o fascistas. La acción externa en favor del fascismo presupone, sin embargo, que las tendencias de esta índole, sus prerequisites y sus realizaciones, hayan surgido por la iniciativa y la acción y bajo el liderazgo de las fuerzas armadas, de la élite oligárquica y sus aliados internos. El imperialismo puede mucho, pero no es omnipotente ni creador de lo nuevo a partir del vacío. Estimula y fortalece, sostiene y aprovecha, coproduce y coorganiza un proceso y un producto político de tipo fascista, que de todas maneras emerge y avanza a partir y a través de factores, componentes y mecanismos que son primordialmente internos.

Gobiernos militaristas y —sobre todo— regímenes fascistas presuponen, refuerzan y prolongan el proceso de fortalecimiento del Estado como actor relativamente autónomo, no identificado de modo absoluto e incondicional con clases o grupos nacionales ni con transnacionales, no subordinados mecánica e instrumentalmente a nada ni a nadie, y con un papel fundamental en la constitución y reproducción del neocapitalismo tardío y dependiente y de las relaciones de éste y del país con el nuevo sistema internacional.

El Estado, sobre todo el que se vuelve militarista o fascista, asume y ejerce una función de mediación y arbitraje entre los grupos internos y externos, entre la sociedad nacional y la metrópolis, entre la autonomía y la dependencia. Existe y tiene razón de ser en función de realidades nacionales, de sus fuerzas y dinamismos; de los requerimientos de la racionalidad global del sistema interno, de sus necesidades de reproducción y reajuste. Debe tener en cuenta las relaciones de los grupos hegemónicos y clases dominantes del país con sus equivalentes de las metrópolis y con otras clases y fracciones del respectivo país, y las posibilidades de divergencias, tensiones y conflictos entre todas ellas.

Las relaciones entre grupos hegemónicos y dominantes de los países latinoamericanos y de las metrópolis tienden a la coincidencia y a la unidad,

pero no a la identidad. Los intereses y necesidades del Estado y las transnacionales de la metrópolis plantean exigencias o requieren políticas que no garantizan la reproducción del sistema nacional, o amenazan al grupo militar gobernante, al grupo hegemónico o a la clase dominante: luchas por el reparto del excedente económico producido en el país; impactos demasiado negativos o destructivos de la penetración económica; ruptura del equilibrio sociopolítico interno; exigencias en razón de intereses o criterios externos, intolerables para la imagen de supremacía que los militares en el poder tienen de sí, y de su función y de su proyecto.

Ciertas coyunturas internacionales, en especial las de crisis, crean oportunidades y opciones para que gobiernos civiles, pero sobre todo militares y neofascistas, intenten asumir un mayor grado de independencia y de capacidad de decisión autónoma, y para intentar la modificación en grados variables de sus políticas internas y externas: nacionalizaciones, medidas dirigistas, exigencias de nuevas reglas del juego económico y político en el sistema internacional.

El Estado militar o fascistizado es el único que puede asumir —real o simbólicamente— la solución de los problemas de armonía y conflicto del país o de algunos de sus sectores con el gobierno y las transnacionales de la potencia hegemónica y de otros países avanzados, y la regulación de las relaciones con todos estos actores. En sus políticas nacional-chovinistas, armamentistas y agresivas, el Estado militar o neofascista busca, además, canalizar hacia el exterior fuerzas, reivindicaciones y tendencias internas que son o pueden volverse amenazantes para el sistema y contar con bases nacionales movilizables que refuercen la capacidad de maniobra del grupo gobernante respecto a los Estados y corporaciones de la potencia hegemónica y de los países desarrollados. Ello permite reducir o renegociar la dependencia externa, y al mismo tiempo fortalece la autonomía relativa del grupo militar en el poder y del Estado respecto a élite oligárquica y a las otras clases nacionales.

Las tendencias a la primacía de las fuerzas y procesos de tipo interno y a la autonomización de la élite militar y del Estado que encarnan y controlan en las decisiones de política interna e internacional, sobre todo las referentes al armamentismo y al conflicto regional, implican —a la vez como premisa, componente y resultado— la identificación de la élite militar y del régimen neofascista con un proyecto propio de dominación interna y de hegemonía regional. A la militarización de la sociedad nacional en respuesta a la subversión interna, corresponde el proyecto de cruzada contra la subversión internacional que requiere una reestructuración del campo político-militar en América Latina, e incluso en el mundo. Toda la lógica del neofascismo lleva al conflicto externo. La economía, la sociedad, la po-

lítica nacionales deben reestructurarse para posibilitar la continuidad y el éxito del proyecto dentro y fuera del respectivo país. Así, el modelo de crecimiento económico debe asegurar ante todo una capitalización interna y una balanza de pagos altamente favorables, que proporcione los recursos internos y las divisas extranjeras para financiar el armamentismo y las operaciones bélicas. Los gobiernos militares de América Latina y, especialmente, los regímenes neofascistas del cono sur —ante todo Brasil, Argentina y Chile— sueñan con el establecimiento de la respectiva hegemonía en la región. Cada uno de estos proyectos supone, por una parte, el enfrentamiento fatal en el campo de batalla con regímenes similares pero competitivos, y por la otra, la fantasía de sustituirse a la hegemonía de Estados Unidos como poder regional y mundial, que se considera en proceso de decadencia y en situación de creciente incapacidad para asegurar el mantenimiento de un orden internacional deseable. Estos regímenes continúan creando en el interior de sus países algunas de las condiciones favorables a los intereses del gobierno y las transnacionales de Estados Unidos, y siguen coincidiendo con éste en la resistencia y la lucha contra enemigos comunes o definidos como tales. Al mismo tiempo, reivindicán y ejercen grados considerables de autonomía frente a la potencia hegemónica, pueden desoír sus recomendaciones y exigencias, y tomar decisiones contrarias a sus intereses y deseos en áreas y cuestiones realmente críticas.

La acentuación y profundización de los procesos de militarización y armamentismo de los principales países latinoamericanos, responden a una compleja dialéctica de lo interno y lo externo, en la cual lo primero tiene un papel considerablemente mayor de lo que, por lo común, se reconoce. La posibilidad de frenar o suprimir tales procesos, implica el diseño y la implementación de modelos de desarrollo nacional, integración regional y nuevo orden mundial, en que también las fuerzas estructuras y dinámicos de tipo interno tienen y deben tener prioridad, en la concepción teórica, en el diseño político, en la realización práctica. Es ésta una cuestión fundamental, pero desborda los límites de este trabajo y requiere un tratamiento por separado.<sup>15</sup>

MARCOS KAPLAN

<sup>15</sup> Ver Kaplan, M., *Modelos mundiales...*, cit., supra, y "Estado, acumulación de capital y distribución del ingreso en la América Latina contemporánea", *Memoria 1979*, México, Colegio Nacional de Economistas, 1979.